

Las cuitas de una desposada

por MILDRED JUNE



Bud

BIBLIOTECA TRÉBOL

Publicación semanal N.º 34

PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

Las cuitas de una desposada

Superproducción FOX

Versión literaria de la película del mismo
título, maravillosamente interpretada por

MILDRED JUNE

por

Lope F. Martínez de Ribera

Exclusiva
HISPANO FOXFILMS, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

LAS CUITAS DE UNA DESPOSADA

1

Uno de los más finos sabuesos policiales neoyorquinos, en el momento que el tren del Norte sale de la estación de Nueva York alcanza a ver asomada a la ventanilla de uno de los coches del convoy la elegante figura de un caballero que contempla cómo las espirales de su cigarro habano jueganean girando sobre su cabeza hermosa y bien cuidada.

A otro que no hubiese tenido el olfato de Harrison, inspector de policía adjunto al servicio de estación, hubiérale engañado la confianza de aquel hombre, que bien podía pasar por un millonario que se dirigiera a pasar el verano en alguna de sus señoriales mansiones norteamericanas ; pero a Harrison no podía engañársele tan fácilmente : sobradamente le era conocida aquella majestuosa figura que al arrancar el tren cruzó ante su vista.

— ¿Qué le pasa, jefe? — dijo extrañado su ayudante, acostumbrado a percibir hasta las más pequeñas emociones de su superior.

— ¿Ves aquel caballero del segundo coche? — preguntó a su vez Harrison. — Es «El

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104 : BARCELONA

Barón! ¡El pícaro más temible del país! ¡Es preciso apoderarse de él... vivo o muerto! Telegrafía a la próxima estación y prepara un automóvil, que vamos a salir dentro de unos instantes en su persecución.

Rápidamente salieron de los andenes nuestros dos hombres y no tardaron mucho tiempo en lanzarse tras el canalla, que seguía fumando tranquilo en el segundo coche del expreso del Norte.

Dos personas más viajan en el mismo coche que «El Barón». Una de ellas le acompaña y conversa con él en voz baja: es «El Chófer», uno de sus secuaces, tan canalla como él y no menos listo que su jefe. El otro es un muchacho joven, de cara anifiada que, sentado frente a ellos, contempla gozoso el paisaje siempre cambiante que se desarrolla ante sus ojos azules y curiosos.

— Por lo visto, «Barón» — dice «El Chófer» a su jefe, en voz baja, — no tendremos necesidad de estas herramientas en muchos meses... El último negocio bien nos permite descansar con tranquilidad y seguros de no ser molestados por la policía.

— Cuidado, no te vaya a oír ese compañero de viaje que nos ha tocado en suerte — dijo sonriente «El Barón». Vamos a ver si conseguimos entrar en conversación con él... ¿Fuma usted, caballero? — dijo «El Barón», ofreciendo su pitillera abierta al compañero de los ojos azules.

No tardaron mucho en saber cuánto deseaban, pues el viajero era un hablador de primera fuerza.

— Me llamo Jamison... Jaime J. Jamison, y soy arquitecto...

— ¿Quiere usted que juguemos a los naipes? — preguntó «El Barón», sacando de su bolso de viaje una baraja.

— Como quieran — contestó Jamison. Así como así me faltan unas horas de viaje.

— ¿Va usted muy lejos?

— No mucho: me dirijo a Pattersonville, a reconstruir la casa del coronel Pedro Patterson...

— Me parece — dijo «El Barón» — haber oído hablar del tal coronel.

— Verá usted... Es muy curioso. Yo nunca he tenido el gusto de conocer al tal coronel; pero telegrafíó a Nueva York pidiendo que le enviaran al mejor arquitecto de la ciudad... y, naturalmente, me mandan a mí.

— ¿Quiere usted un sorbo de tónico? Es una bebida muy buena, preparada para mí por uno de los mejores productores de Nueva York.

No tardó mucho Jamison en experimentar los efectos del tónico que le administró «El Barón».

Comenzó por sonreírse alegre; se tiñeron de rojo sus pálidas mejillas y poco a poco fueron cerrándose sus párpados hasta que se quedó narcotizado.

— ¡Gracias a Dios que nos hemos quitado de encima a ese pelmazo!

— Pues no lo entiendo, jefe. ¿Por qué le estorbaba ese hombre? — preguntó « El Chófer ».

— Claro que no lo entiendes. Toma y lee — dijo « El Barón », alargándole un periódico de la mañana. — Verás qué pronto comprenderás ahora.

Abrió su compañero el periódico por la página central y leyó en voz alta los epígrafes de unas fotografías que daba a conocer con grandes titulares:

Tres eran las fotografías : la primera de una mujercita joven y linda, la segunda de un caballero anciano y fuerte y la última de una casa de campo enclavada en el centro de un hermoso jardín.

El epígrafe de la primera rezaba :

« Mildred Patterson, hija del coronel Patterson, cuyo enlace matrimonial se anuncia para muy en breve ».

Era el de la segunda el siguiente :

« El coronel Patterson, excéntrico millonario, el cual, según se dice, guarda toda su fortuna en el interior de su elegante mansión ».

Y el de la última daba a conocer dicha mansión, diciendo :

« La casa solariega del coronel Patterson, donde el millonario oculta su tesoro ».

— ¿Comprendes ahora — preguntó « El Barón » — el por qué del narcótico?



Y pensar que dentro de dos días se casarán

— ¡Es usted el amo, jefe! Lo reconozco.

— Por lo pronto, apodérate de la documentación de ese idiota, mientras yo consulto la guía. Vamos a ver cómo haremos más rápido el viaje a Pattersonville.

Tendrían que despistar a la policía para no dejar rastro alguno de su paso, y acordaron apearse del tren en marcha apenas éste hubiera penetrado en las agujas de la próxima estación y así lo hicieron.

Apenas había el tren parado en la estación, Harrison, que llegaba en aquel momento a ella, se lanzó al coche segundo donde dormitaba

el pobre Jamison, al que no hizo el menor caso. Buscó por todo el tren, pero sin resultado. No acertaba a comprender dónde demonios estaría el canalla aquel al que había visto salir de la estación de Nueva York y que no muy lejos de allí, ocultos entre los pinos que bordeaban la vía, esperaban que la noche protegiese su marcha hacia Pattersonville.

— ¿Te parece bien el plan, muchacho? — preguntaba sonriente « El Barón » a su compañero.

— Excelente.

— Así, pues, ¿me acompañas?

— Ya está decidido. A Pattersonville nos dirigiremos apenas pase el primer tren.

Al mismo tiempo que ellos entraba un tren en la estación, y precisamente el que esperaban.

Tomáronle sin billete, pues no había tiempo material para sacarle, y ocuparon dos asientos libres en un coche de primera clase.

No tardó mucho en presentarse el revisor, el cual reclamó los billetes a los pasajeros :

— ¡Caballero! — dijo dirigiéndose a « El Barón ». — ¿Tiene usted la bondad de darme su tarjeta?

— Ya le entregué el billete al entrar.

— Perdóñeme usted ; su billete es de ida y vuelta para el ferrocarril del Centro y del Sur. Este tren va al Norte.

— No importa : he decidido hacer viaje en contrario, y estoy dispuesto a abonar lo que sea.

— Está bien, señor ; pero a pesar de eso desearía ver su tarjeta : tenemos esas órdenes.

Sacó « El Barón » una tarjeta de la cartera de Jamison, y dijo entregándosela al revisor :

— Soy arquitecto en Nueva York y me dirijo a Pattersonville con mi ayudante. ¿Quiere usted repasar mi documentación?

— Perdone, señor : las órdenes que tenemos son órdenes que no podemos dejar de cumplir. Parece ser que se busca a dos granujas, y como da la coincidencia que han desaparecido cerca de la estación en que ustedes tomaron el tren, no he tenido más remedio que molestarle. He aquí su billete y perdón. Vamos a ver ahora de qué color es el billete de usted — dijo acercándose a « El Chófer ».

Pero éste había sido más previsor : se había apoderado del billete de Jamison, antes de abandonar su compañía.

— ¿Quiere ver el color de mi billete? — dijo con sorna. — ¡Tiene gracia!... Aquí le tiene usted... Le gusta, ¿no?

Cuando al fin se vieron libres del revisor preguntó « El Chófer » a su jefe :

— ¿Habrá despertado Jamison?

— No hay que preocuparse — repuso éste.

— Cuando don Jaime J. Jamison llegue a Pattersonville será un respetable anciano. Le he dejado encima mi documentación.

— Pues ya está arreglado. Me parece que estamos en Pattersonville.

— Efectivamente. Animo, muchacho. Se

trata de un golpe de audacia que nos hará célebres.

* * *

La casa de don Pedro Patterson, en Pattersonville, se alzaba en el centro de un jardín centenario, cuyos plateados álamos la protegían con la sombra de sus enormes copas.

Vivía en ella a sus anchas el viejo coronel, que no tenía más reyes ni más Roques que su hija y su dinero.

Su hija Mildred Patterson era toda una millonaria a la moderna : tiraba el florete, montaba a caballo y era como digna hija de su padre, audaz y valerosa.

Cuando nos enfrentamos con el padre y la hija está el viejo coronel mostrándola unos papeles que acaba de recibir, entre los que se encuentra la licencia matrimonial de la muchacha, en la que se lee :

« LICENCIA MATRIMONIAL

expedida a favor de *Mildred Patterson*, a fin de que pueda contraer nupcias el próximo 4 de octubre, con el señor Robert Wallace, en la provincia de Virginia, municipalidad de Pattersonville ».

Quiere a su novio y no es nada extraño que la alegría florezca en su rostro puro y virginal.



¡Sálveme! ¡Sálveme de ese canalla!

Canta la risa en su garganta y a su cascabelo sonoro florece en el rostro curtido del viejo coronel una sonrisa en la que vive todo su orgullo de padre y todo el cariño de su alma honrada.

— ¡Papá! ¡Cuánto se va a alegrar Robert cuando venga esta tarde a verme!

— ¿Le quieres mucho, hija mía?

— ¡Mucho!... ¡Tanto... tanto... como a mi viejecito querido!

Los brazos de Mildred se cerraron en torno del cuello del anciano, sonriente ante la lluvia de besos que siguió a los abrazos de su hija.

Fué interrumpida esta cariñosa escena por la entrada inesperada de Robert, que llegaba a pasar la velada con su novia y su futuro suegro.

— ¡Robert! — dijo al verle el coronel, — a punto llegas. — Mildred estábame diciendo en este momento que te pondría de mal humor este papel que acabo de recibir. Lee y dame tu opinión. ¿Verdad que es una carga muy pesada la que se te avecina?

Leyó Robert la licencia matrimonial que le mostriaban, y notando la seña que el coronel le hacía puso una cara tan cómicamente triste que todos soltaron la carcajada ; se estrecharon cariñosamente las manos y pasaron al salón donde Cástulo, caduco negro y antiguo criado del coronel, tenía preparado el servicio de te.

Pronto el coronel se enfrascó en la lectura de sus libros predilectos y ambos jóvenes se enzarzaron en una de esas partidas de ajedrez en las que son más los suspiros que los « jaques », y más fulminante el juego de los ojos que el aparatoso saltar de la reina.

Cástulo presenciaba la partida contemplando a los enamorados cual si de hijos suyos se tratara.

— Parece — decía mirándolos extasiado — que apenas ayer ustedes dos jugaban sobre mis rodillas... Parece mentira. ¡Cuánto tiempo pasó y con qué rapidez! Y pensar que dentro de dos días se casarán! ¡Ya puedo morir tran-

quilo! Es decir, no : aún me queda por conocer al nieto de mi coronel.

— Te prometo — le interrumpió Robert, mirando a su novia — que no saldrán fallidas tus esperanzas.

Bajó Mildred los ojos, ruborosa, y uniérsonse sus manos sobre la torre blanca, emblema del castillo ideal de sus sueños dorados.

Sonó el timbre de la entrada, despertando al coronel que se preguntaba extrañadísimo quién pudiera ser el que a tales horas y con tamaña insistencia llamaba ; pero pronto salió de dudas. Cástulo se había ya apresurado y volvió al salón con una tarjeta de visita, en la que el coronel leyó en voz alta :

JAIME J. JAMISON

Arquitecto

Nueva York

Ordenó don Pedro a Cástulo que le pasase a su despacho y tranquilizó a su hija diciéndola :

— Es un amigo a quien esperaba. Entretenenos, que no tardaré mucho en volver a terminar de pasar la velada.

Desde aquel momento tomó mayor incremento la partida. Los suspiros habían conseguido inmovilizar las piezas del tablero. Las miradas amantes se cruzaban sobre ellas sin verlas. Cástulo dormitaba en el salón... Sonó de pronto un débil estallido, que a pesar

de su sueño hizo guiñar un ojo a Cástulo. Tosió éste para evitar la batalla.

— Jaque a la Reina.

— Jaque al Rey.

Cástulo hacíase el dormido y sonreía.

La visita que en su despacho aguardaba a don Pedro Patterson ya se habrán figurado nuestros lectores quién era.

Recibióla éste con agrado, y después de saludarle comentó :

— No le esperaba a usted hasta después del casamiento de mi hija, señor Jamison... Pero tendré a mucho honor que permanezca en nuestra casa como huésped.

No deseaba otra cosa el sinvergüenza de « El Barón » — pues no era otro el visitante — y aceptó gustoso la invitación del coronel.

Proponíase hacer un buen negocio y frotábase las manos de gusto, viendo en el honrado coronel presa segura.

Cástulo — ordenó Patterson a su viejo asistente, — Hazte cargo del equipaje del señor Jamison y trasládalos a la habitación que se le tenía preparada.

No tardó mucho en volver Cástulo con el equipaje del pícaro impostor, sudoroso y rendido por el peso de sus maletas llenas de herramientas de trabajo de ladrón.

— ¡Caramba — dijo secándose el sudor



Bueno 12-27

La mano de un miserable que estaba pronta a sujetar la presa

que le bañaba la frente, — debe usted traer mucha ropa de abrigo en la maleta! ¡Cómo pesa!

— No te metas en donde no te llaman, Cástulo, y condúcelo ese equipaje al gabinete del señor Jamison.

Pasaron al salón donde Patterson presentó sus hijos al señor Jamison, al cual no le pareció tan mal la rica heredera. Y de charla transcurrió todo el resto de la velada.

Cuando ya por fin se despidió Robert, y Mildred subió a sus habitaciones particulares,

Jamison elevó la conversación al terreno que le convenía, y una vez enterado de los principales detalles suplicó a Patterson :

— Me agradaría hacer una inspección de la casa, señor Patterson. ¿Me autoriza usted para que recorra las habitaciones esta noche, cuando los jóvenes se hayan retirado?

— Con mucho gusto — contestó Patterson. — Haga usted lo que le plazca.

Dejóle en su habitación el señor Patterson, y después de haber revisado las puertas de la casa se dirigió hacia su gabinete particular, feliz por la próxima felicidad de su hija, único amor que como recuerdo le quedara de la que fué un día su buena compañera.

* * *

Aquella noche, a altas horas y cuando nadie se movía en la casa excepto el viejo Cástulo, una sombra se deslizaba por los pasillos de la señorial mansión recorriendo toda la casa y observándolo y registrándolo todo. Abrió sin hacer el más ligero ruido una de las ventanas que daba al jardín ; hizo una señal con la luz de su linterna y no tardó mucho en saltar por ella « El Chófer », que en voz baja pidió detalles a su señor sobre la distribución de la casa.

— Me parece que ya sé, poco más o menos, dónde el viejo coronel guarda su dinero. Guarda silencio y déjate conducir, sin hacer ruido.



Después de la ceremonia nupcial

Tenían buen olfato ambos pícaros y pronto dieron con la caja de caudales del viejo coronel.

Lo principal estaba hecho : a su pericia quedaba encomendada la fractura de la caja.

En uno de los movimientos que hicieron ambos guajas cayó al suelo el aparato del teléfono, que hizo que Cástulo saltara del lecho en donde estaba con el oído atento, pues algún ruido extraño había llegado débilmente a sus oídos.

Dirigióse corriendo a las habitaciones de su señor al que despertó diciéndole :

— ¡Aquí pasa algo muy misterioso, señor!

Patterson ya sabía lo que ocurría ; es decir, lo creía saber.

Suponía que el arquitecto Jamison estaba reconociendo la casa a su sabor. No podía figurarse que aquel señor tan discreto y de trato tan agradable fuese el jefe de una banda de estafadores y ladrones.

— Debes de ver visiones — le dijo sonriente a su criado. — Y te lo voy a demostrar.

Recorrieron toda la casa sin encontrar a nadie. En el cuarto que el forastero dormía se oían sonoros ronquidos. En la casa no se notaba nada extraño.

— ¿Estás convencido ahora?

— Sí. Ahora estoy convencido.

Volviéronse a sus respectivas habitaciones y no tardaron mucho en caer en brazos de Morfeo.

La casa quedó en silencio. Solamente en el gabinete de « El Barón », un oído muy fino hubiese escuchado la siguiente conversación :

— Hasta ahora he tenido suerte... pero no me fío... Tocaré madera para seguir con fortuna.

— Déjese usted de tonterías, jefe : tomemos todo eso y vámonos ahora mismo, « Barón »...

— ¿Y vamos a dejar aquí a la heredera del coronel? ¡De ningún modo! La joven partirá con nosotros... Vé a esperar mis órdenes.

— ¿Por dónde tomo las del olivo?

— Por el mismo sitio que entraste. Cuida

de no hacer ruido y espera mañana junto al camino del Pattersonville. Yo me dejaré caer por allí, cuando pueda.

— Hasta mañana, pues, y buena suerte.

Se estrecharon las manos y salió « El Chófer » de la casa, saltando de la ventana al jardín.

— Veremos — dijo el cínico al quedarse solo — si de esta vez nos redondeamos para siempre. Durmamos tranquilos que bien me lo gané, y mañana veremos de camelar a la hermosa hija del coronel.

Por la mañana, dispuesto a impresionar a la rica heredera, salió « El Barón » al jardín, entre cuyos árboles había visto perderse a Mildred. No tardó mucho en encontrarla.

Se acercó a ella el pícaro saludándola afectuoso y preguntándola :

— ¿Cómo puede estar triste en un sitio tan hermoso?

— No le parecería tan hermoso — contestó Mildred — si tuviera usted que permanecer en él toda la vida, como Robert y yo, pues papá se empeña en que vivamos en este caserón eternamente.

— Su papá, señorita, no demuestra con ese deseo más que la quiere bien. Las grandes poblaciones son centros de corrupción capaces de perturbar el espíritu más fuerte y más sereno.

— Supongo — repuso Mildred — que usted habrá visto mucho mundo y dirá todo eso porque estará cansado.

— Sí. Y lo que he visto me ha dejado amargo y lleno de desilusión... Las zarzas del camino me hirieron agudas, y para mi alma la tranquilidad no existe desde hace tiempo.

— ¿Qué es lo que le pasó? — preguntó intrigada Mildred.

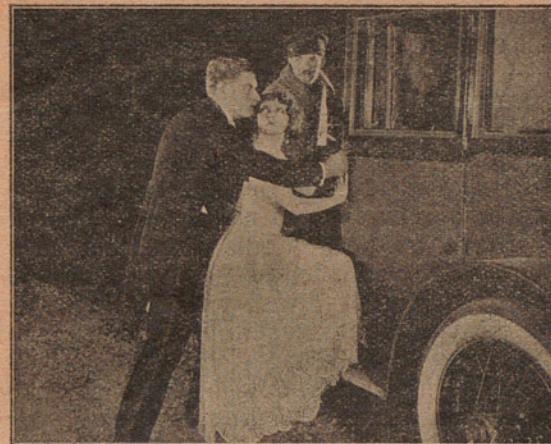
— Verá usted. Una vez tuve una aventura que no olvidaré jamás... Fué en uno de los alegres balnearios que salpican las azules ondas del Mediterráneo. Jugaba a la ruleta, por entretenérme, y parecía que la suerte quisiera favorecerme con su abrazo, porque allí donde yo ponía mi dinero parecía que estaba la voluble fortuna aguardándome.

Próxima a mí, y acongojada y triste, una mujer de sublime belleza jugaba también. Pero su dinero tenía la suerte de espaldas, y apenas salía de sus manos saltaba a las del banquero hasta el último luis.

Me di cuenta de lo que padecía aquella mujer y la ofrecí, por debajo de la mesa, unos miles de francos, diciéndola :

— Intenté usted recuperar lo perdido y juegue con serenidad, señorita.

Aceptó mi oferta, y no sé si fué la influencia de mi dinero o que la desgracia se había cansado de perseguirla, el caso es que no tardó mucho en tener frente a sí una pila de fichas y billetes de todos los tamaños.



...cuando nos alcance yo lucharé terriblemente

A mí me pesaba aquel dinero ganado con tan poco esfuerzo, y en un rapto de valor grité :

— ¡Apuesto todo al número 13!

— Lo siento, caballero — me dijo el *croupier*. — Pero no admitimos en esta casa una cantidad tan grande.

En vista de su contestación y juzgando excesiva la cantidad ganada, abandoné la sala de juego y salí a la terraza del casino.

Había ya olvidado el incidente ocurrido en la mesa de juego con la bellísima jugadora, cuando sentí una mano que se posaba en mi

hombro al mismo tiempo que una voz suave y argentina me decía :

— Gracias a usted me ha favorecido la fortuna y ganado una respetable cantidad. Tenga usted los miles de francos que me prestó.

Parecióme absurdo aceptar aquel dinero que de antemano daba por perdido y así se lo dije a mi bella interlocutora, que muy pronto fué explayándose conmigo hasta el extremo que me contó su vida. Una vida de dolor cuyo penúltimo capítulo estuve a punto de presenciar, pues había decidido al perder su último luis quitarse la vida. ¡Era demasiado hermosa para morir! Y me sentí dichoso por haberla salvado. Pero pudo haberme costado caro, porque aquella misma noche apenas me había dejado para dirigirse a su hotel, se me acercó un caballero de distinguido porte que afectuoso me dijo después de haberme saludado:

— Esta noche tuvo usted una suerte increíble en mi casa de juego, caballero...

— ¡Ah! ¿Es usted el dueño? — repuse. — Sí, he tenido mucha suerte ; otro día perderé lo ganado. De enero a enero, el dinero es del banquero.

— ¿Jugará usted mañana? — me preguntó.

— Pienso estar una temporada larga, y creo que un día u otro volveré a picar.

— ¿Fuma usted? — dijo, ofreciéndome un habano.



Cástulo, con el oído atento, escuchaba desde el interior de otro de los coches del coronel

Acepté y mandé al camarero que invitase a beber al dueño de la casa, el cual me entretuvo durante un rato con su deliciosa jerga en la que tan pronto asomaba la oreja el idioma italiano como el francés y el español.

Llamó a su vez al camarero y le mandó trajese una botella de champagne.

— Beba usted a mi salud — me dijo — como yo bebí a la suya.

Se habían marchado los últimos jugadores y las luces del casino se fueron apagando una tras otra. Me despedí del nuevo amigo y me

dispuse a marchar a pie hasta mi hotel, pues el día ya comenzaaba a clarear.

Pero apenas había mediado la distancia que me separaba del hotel sentí un fuerte golpazo en la nuca que me hizo tambalear y perder el equilibrio.

Cuando me repuse, la bella jugadora del casino estaba a mi lado. Dos hombres se perdían a todo correr entre las callejuelas que se abren al mar.

— ¡Ay, caballero! — me dijo angustiada. — Cuánto me alegra ver que está usted sano y salvo! Traté de buscále... de advertirle y casi llego tarde. No es usted el primero al que han asesinado en estos lugares por robarle el dinero ganado. Hay quien asegura que es éste el medio de que se vale el dueño del casino para volver a sus cajas el dinero que le robó la suerte de los puntos.

Su presencia me había salvado.

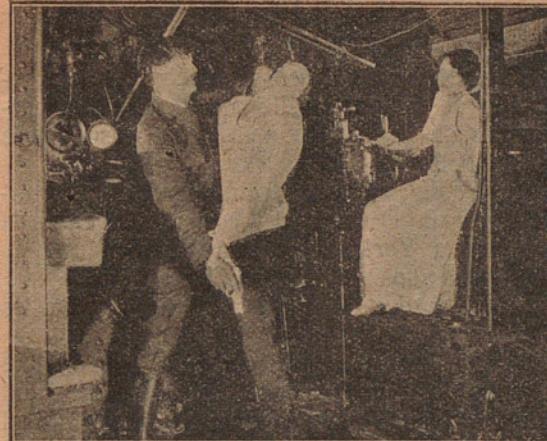
Quise que me dijese dónde vivía, quién era y dónde nos podríamos volver a ver.

— ¡No, no! — me dijo asustada. — ¡Esta debe ser nuestra última y suprema despedida!

Penetró en el auto que parado a pocos metros la esperaba, y dando órdenes al chófer desapareció para siempre.

Mildred había escuchado la extraña historia llena de curiosidad.

— Aquella mujer — continuó « El Barón » — no se ha separado de mi imaginación jamás. La hubiera querido mucho ; pero jamás



...Ven corriendo... al crucero del ferrocarril...

volví a encontrarla en mi camino. No me favoreció la suerte. Pero el destino me ha conducido aquí... porque usted es su vivo retrato.

Extrañadísima quedó Mildred ante aquella salida de tono ; pero se repuso en seguida, y viendo venir a su novio se dirigió a él contenta por poderse separar de aquel hombre.

Saludó Jamison a Robert y se despidió de ellos, dispuesto a encontrarse con su compañero en el camino de Pattersonville, según habían quedado el día anterior.

Cuando llega el tren de la capital a la estación de Pattersonville suelen acudir a presenciar su llegada toda la gente desocupada de la pequeña villa.

Aquel día, en aquel tren, llegó a Pattersonville María Darrow, del coro de la Opereta de Nueva York, la cual preguntó a uno de los empleados de la estación:

— ¿Por dónde se va a la Granja de los Pinos?

— No hay otro medio de locomoción que aquella tartana que está allí enfrente.

Ajustó la joven su viaje y emprendió el camino al paso de un famélico caballito, que apenas podía sostenerse.

— Cualquiera diría — dijo María al conductor — que vamos a un entierro.

No habían caminado mucho trecho cuando se encontraron con Patterson y « El Barón », que venían en dirección contraria.

Al ver María a este último le llamó la atención, y pronto tuvo la satisfacción de encontrar un conocido en aquellos lugares.

— ¡María! ¿Qué haces aquí?

— He venido a ver a una parienta que vive en la Granja de los Pinos. Pero a este paso creo que no voy a llegar nunca.

Intervino en la conversación el coronel Patterson, que dijo a Jamison :

— Si no tiene inconveniente puede quedarse



*Las mujeres hermosas son para los valientes.
Sean ustedes felices*

se usted con nosotros. La Granja de los Pinos está muy distante. Quédese, y Cástulo puede llevarla a la granja mañana.

Acepta la joven y se dirigen a la casa del coronel.

— ¿Se puede saber, « Barón », a qué has venido a encerrarte en este pueblo? — pregunta a éste María en un momento en que se quedan solos.

— No seas curiosa. He venido para ultimar un negocio de muchas pesetas.

— ¡Tienes un gusto exquisito!

— ¿Cómo andas de fondos, María?

— Pésimamente.

— Pues si representas una escena de amor con aquel joven del jardín, te cubriré de oro...

— Te prometo que el telón se alzará dentro de media hora.

Efectivamente : en un momento que Robert se encontraba a solas en el jardín fué sorprendido por el grito de una mujer que corría presurosa hacia él, seguida por Jamison, y que sin darle tiempo a prepararse se echó en sus brazos, diciendo :

— ¡Sálveme! ¡Sálveme de ese canalla!

— ¡Por Dios, señorita! — dijo Jamison llegando. — No tenga usted miedo. Se trata de una equivocación del guardián.

Robert no sabía ni lo que pasaba ni a qué se referían.

— Cálmela usted, Robert, mientras yo voy por un poco de éter. Se ha asustado.

Robert no salía de su asombro. María, desfallecida en sus brazos, lloraba angustiada, y lejos de ellos con el ánimo preso de profundo duelo Mildred contemplaba, avisada por Jamison, cómo una mujer lloraba enternecida en los brazos de su novio.

— No se apene, señorita — decía Jamison a su oído. — Los jóvenes son así ; pero sin duda no tuvo intención de ofender a usted.

— ¡Sí, sí! Fiese usted de un cariño y de un juramento para que luego vea como el corazón del hombre amado se lo lleva otra.

— No sea usted niña. Nada tiene que temer.

— Despues de lo que vi, ¿cómo voy a creer en la sinceridad de su amor?

— Póngalo usted a prueba... Es la mejor manera de demostrarlo.

— ¿Y cómo? ¿De qué medios me voy a valer?

— Creo poder ayudarla a usted en esta empresa.

— ¡Confío en usted completamente!

— Pues haga como que no ha visto nada. ¿No es mañana el día de la boda?

— Sí.

— Pues mañana hablaremos. Voy a prepararlo todo.

* * *

« El Barón » y « El Chófer », reunidos en un bar de las cercanías, conversan :

— Todo está listo para mañana por la noche. Toma el dinero y prepara el auto cerrado del coronel, mientras se celebra la boda. Ya sabes el camino. A la torre de señales, junto al semáforo.

— Está bien. No se apure que nada faltará.

— No nos conviene que nos vean juntos. Hasta mañana.

— Adiós, jefe, y buena suerte.

* * *

El día de la ceremonia nupcial había llegado.

Despues de la ceremonia y cuando mayor era la alegría de todos, un enmascarado entró en el salón con la pistola preparada.

Cuando el enmascarado llega hasta donde están los novios se desprende del pañuelo que le cubría el rostro y los empuja hacia la cortina del comedor.

Prepárase a defender Robert a su esposa, pero en aquel momento un culatazo del enmascarado le hace perder el sentido, mientras la mano de un miserable que estaba pronto a sujetar la presa se apodera de Mildred y huye con ella, seguido por Cástulo que intenta defender a su señorita.

«El Barón», con su presa, y «El Chófer» se dirigen al automóvil preparado seguidos por Cástulo, que va escondiéndose entre los árboles para no ser notado.

— No tenga miedo y sígame, Mildred — decía a ésta «El Barón». — Es la única manera de que probemos a su novio. Cuando nos alcance yo lucharé terriblemente, y una vez que él la haya salvado a usted se convencerá de que de veras la ama...

Cástulo con el oído atento escuchaba desde el interior de otro de los coches del coronel, sin ser observado.

— Al semáforo — ordena «El Barón» a su compañero.

A los pocos momentos salían dos coches, uno tras de otro y a toda velocidad por la carretera que conducía a la torre del semáforo.

La persecución se hacía cada momento más interesante, pues Robert, repuesto del golpe y en otro coche, sigue a los primeros. Le con-



Dulcemente enlazados, se juran eterno amor

duce Robert, al que animan el viejo coronel y el cherif.

Viéndose «El Barón» perseguido de cerca por los dos coches hace subir a Mildred a una locomotora de la estación de Pattersonville y se lanza a la vía, mientras «El Chófer» continúa la carrera en auto para despistar a los perseguidores.

Mildred, aunque tarde, comprende que no se trata de un juego, y antes de tomar la locomotora escribe rápida en un papel :

«¡Robert! : ¡Ven corriendo al crucero del ferrocarril! La torre de señales! El semáforo».

No se hizo esperar Robert, que viera cómo su esposa montaba en la locomotora. Lanzó a toda velocidad su automóvil para cortar camino al tren, y descolgándose desde un árbol al paso de la locomotora cayó sobre el canalla, mientras Mildred paraba el convoy.

Bajaron de la locomotora los hombres luchando cuerpo a cuerpo, y cuando se veía perdido «El Barón» exclamó en voz alta, dirigiéndose a Mildred :

— ¿Lo ve usted? Mi plan dió resultado... ¡Robert la ama!

Ya habían llegado el coronel y cherif que sujetaban a Robert, que no comprendiendo el juego quería lanzarse sobre Jamison, que dirigiéndose a él dijo :

— Las mujeres hermosas son para los valientes. Sean ustedes felices.

Pero no contaba con la huéspeda. Aunque era de noche fué reconocido por el cherif, que sujetándole por el cuello y esposándole le dijo :

— Usted se viene conmigo a la cárcel, de donde espero no volverá a escaparse. Le conozco de antiguo : es «El Barón», pícaro reclamado por la policía neoyorquina.

Aquí terminó todo. «El Barón» y «El Chófer», en la cárcel recuerdan la libertad perdida, y tratan de buscar un medio que se la devuelva, mientras en la vieja casa del coronel, ya reformada por el verdadero Jamison, Robert y Mildred, dulcemente enlazados, se juran eterno amor.

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

- LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette
SOMBRAZ DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmeri.
DESOLACIÓN por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Muzzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.
EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por A. Nox y I. Langlais
CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque

PRECIO DE CADA TOMO : 60 CÉNTIMOS